

Guerra y maldicion:

No bien terminó el monótono cántico, dirigióse a ellos el génio del mal, diciéndoles:

«Formulad nuestras quejas».

Y los siglos respondieron:

«Hé aquí nuestras generaciones: ellas demandarán justicia».

En ademán ativo, con mirada siniestra, enrojecida la frente y ocultando los huesos bajo el sayal del inquisidor, adelantóse un hombre.

La multitud exclamó:

¡Pedro Arbues!

«Yo, dijo este, no tengo más que un enemigo, la razón. Ella me pinta como un Diocleciano. Este es el colmo de la injusticia. El emperador romano mataba en nombre de falsos ídolos, y yo quemaba las víctimas en nombre del Dios verdadero.

Al oír este paralelo, dibujose en los carbonizados labios de Satan una maliciosa sonrisa.

«Los únicos que de mi pueden quejarse, proseguía el inquisidor, son los verdugos, a quienes no di descanso en la santa tarea. El que en nombre de Dios mata es un verdadero apostol».

Perdióse entonces un confuso murmullo entre la multitud.

¿Qué es eso? preguntó enfurecido, el génio del mal.

«Soy yo, contestó el espíritu de Mahoma. Vengo a rendir mi tributo de admiración al orador. El santo mío mis obras: ¡Ella se lo premie!

Y desapareció.

Quedó Arbues desconfiado; pero obligado a reunír su interrumpida oración, continuó.

«La religión debe imponerse por la fuerza. El mejor de los argumentos es la mordaza. La filosofía más sana es la opresión de la idea. La inquisición el timbre más glorioso de la teocracia. Aranquemos las páginas de la historia y santifiquemos al verdugo».

Oyose entonces un intenso clamor. Millones de víctimas gritaban en su unánime:

Tu historia escrita está con nuestra sangre: con ella profanaste la santidad de los altares.

—No, dijo el inquisidor enfurecido; matando, he glorificado a Dios.

Dios no murió matando.

Blaesfals.

Dios fue víctima, no verdugo.

—La religión es fuerza.

—Es dulzura.

—Es guerra.

—Es paz.

—Es un derecho.

—Derecho de vida.

—Es un deber.

—Exponente.

—Genio del mal, encended la hoguera y consuman sus llamas el libro de la historia. Esta es la maestra del error.

Apareció una matrona de severo aspecto. Su faz estaba ennegrecida por el humo de la hoguera. Era la Historia. Y desplegando un voluminoso pergaminio, exclamó: ¡Hé aquí vuestra sentencia: leedla y avergonzaos!

—Quién la escribió?

—Vos mismo.

—¿Quién la autorizó?

—La ciencia.

—Quienes dan testimonio.

—El pasado, lo presente y lo porvenir.

—Vuestra ciencia es la mentira.

—Si así fuese, la misma naturaleza sería una mística quimera.

—Así es, exclamaron las sombras de Colon y Galileo.

El desconcierto de Arbues llegó a su límite. Los dientes rechinando, desplegó con su diestra convulsa una negra bandera, en cuyo centro estaba escrito con caracteres de fuego: guerra a la Ciencia y a su madre la Razón.

De pronto vi que en confuso tropel se agitaban los diversos bandos. Las fúrias lanzaban horrores bramidos. Y ya el mismo Satan, erizados sus cabellos de enroscadas serpientes, iba a dar comienzo á la sangrienta lucha, cuando de repente descendieron dos soles envueltos en un océano de luz brillantísima. Una voz de trueno gritaba desde el cielo: esos dos astros son la Fe y la Razón. Aquella es el brillante faro, que Dios sostiene con su potente mano en el firmamento para guia del creyente. Esta es la luminosa antorcha que conduce al hombre á la investigación de la verdad. Las dos tienen el mismo origen. La una es el complemento de la otra. Hermanas son, tratadas como hermanas. Armonizad y tránsigid, porque la verdad siempre es compatible con la verdad. Si instigados por la irreflexiva intransigencia, proclamais la lucha fratricida sois falsos católicos. Mi religión es la concordia entre la fe y la razón.

Quien es el que así habla? pregunté.

Es el restaurador de la filosofía tomista, me respondieron, el santo Leon XIII.

Aquí terminó mi sueño, sin haber podido averiguar si el eco de aquella voz se había perdido en el desierto de la indiferencia ó había penetrado en el corazón de la humanidad.

Al siguiente día referí a un ilustrado amigo lo que sonado había y me contestó: he aquí un sueño que merece ser realidad.

VICTOR CASTRO.

—Una Reforma Dramática.

—La aparición de Lope de Vega en el mundo dramático causó en su época una verdadera revolución en el teatro, revolución que, acarreando las consiguientes reformas, arrancó mas y mas la escena.

No es nuestra intención hablar de las muchas que introdujo el maestro Lope, pues necesitaríamos mucho mayor espacio, y nos limitaremos, por tanto, a hablar de ellas.

Puede decirse que hasta aquella época duró la infancia del teatro y que al finalizado su desarrollo y crecimiento, normalizada la literatura dramática, ateniéndose a reglas fijas que sus progenitores establecieron, pudo, desde entonces, emprender su marcha desembocada y progresiva hasta alcanzar aquella extraordinaria importancia que es uno de los máspreciados títulos de nuestra literatura.

Para vez ninguna escuela dramática podrá luchar sin desventaja con la escuela española en donde todos y en todas épocas han venido a inspirarse.

Y como no, si la poderosa pleyade de muy ilustres poetas que al Teatro español dieron vida y a su sostenimiento contribuyeron, han desarrollado con profusión tal los frutos de su imaginación que, asombro de propios y extranjeros, son motivo de inspiración y lección de estudio.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

Uno de los poetas del siglo XVI, Bartolomé de Torres Naharro, publicó en Nápoles, en 1521, una colección de comedias, precedidas de un prólogo en verso, que era una exposición en que presentaba los preceptos de la poesía dramática como él los había comprendido.

Este prólogo, que recibió el nombre de *Loa*, tuvo después por fin expositor de una manera clara y sucinta el argumento de la obra que se iba a representar, para mayor comprensión del público, y todos los autores juzgaban la *Loa* parte interesante de la composición dramática, sin que, por eso, la considerasen parte integrante de la acción.

A más de que se incluía en las composiciones de carácter profano, presidía también a aquellas que por su argumento religioso recibían la denominación de *actos*: el metro usado en estos prólogos

era el octosílabo.

Estaba entonces entabladá aquella trascendental lucha, que tan buenos resultados fué dando posteriormente entre el uso *antiguo* ó *clásico* y el *moderno*, y la poesía iba sufriendo notables reformas.

Con Lope de Rueda, el famoso representante, como en aquel tiempo se llamaba a los autores, alteróse en mucho la composición dramática.

Se dió mas ingenio y habilidad a la trama, por demás sencilla, redujeronse los actos de cinco que eran a cuatro, y se introdujeron en la escena reyes y divinidades, cosa hasta entonces inusitada.

Pero la reforma más importante que sufrió la comedia fué la que llevó a cabo el insigne Lope de Vega.

Como más arriba queda dicho, usa base antes de la composición el prólogo ó *Loa*, que siendo clara exposición del argumento, quitaba todo su interés a la comedia, dejándola reducida a un simple dialogado en verso. Pues bien, Vega Carpio comprendió que la exposición

debía caminar constantemente unida á la acción para dar mayor novedad a la representación, y rompiendo con la costumbre, suprimió en sus obras la *Loa*,

que desde aquel entonces no volvió a usarse, dando así otro giro á la producción dramática.

A esta radical reforma y otras varias importantes debió el teatro español su verdadera organización y la justa preponderancia que en aquellos tiempos al capzó.

Honor, pues, a aquel vate que fué el primero en trazar la senda en que tantos y tan merecidos laureles habían de alcanzar el sus contemporáneos y sucesores! — A

Y como no, si la poderosa pleyade de muy ilustres poetas que al Teatro español dieron vida y a su sostenimiento contribuyeron, han desarrollado con profusión tal los frutos de su imaginación que, asombro de propios y extranjeros, son motivo de inspiración y lección de estudio.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo sucesivo obra acabada y perfecta. A él, pues, puede decirse que debe el antiguo teatro su engrandecimiento y su justa valía, y preponderancia.

El fue quien sometió a todos con la pasmosa fecundidad de su talento y aprovechada habilmente esta influencia dio saludables resultados al antiguo teatro español, despojándolo de prácticas viciosas y encauzando, digamos así, sus elementos de vida, de modo que lo que hasta entonces fuera poco más que pensamiento en embrión fué para lo su